

ocasiones ha perdonado sus faltas, hacen todos sus esfuerzos para alterar la buena armonía y confianza que reina entre sus vasallos, falsificando instrucciones que no tienen, é invocando los sagrados nombres de Dios y de su Santísima madre, para ocultar el veneno de sus escritos.

« En resumen, quiere S. M. que no solo re-doble V. E. su actividad, sino que á fin de evitar la circulación y propagacion de semejantes imposturas, vigile la conducta de aquellos que olvidando sus deberes como militares y como vasallos, puedan tener parte en tales maquinaciones que S. M. detesta y trata de castigar.

« De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento, previniéndole que con esta misma fecha, y sin perjuicio de las instrucciones que V. E. pueda dar á los comandantes generales, se les traslada esta soberana resolucíon para su puntual y exacto cumplimiento.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« Cuartel real de Oñate 18 de julio de 1839. »

*Montenegro.*

Excmo. Sr. jefe de estado mayor general del ejército.

\* Pocos dias despues de la publicacion del documento anterior, dió Maroto una orden general, que decia así:

« Orden general del ejército.—Orozco 23 de julio de 1839.

« El Excmo. Sr. secretario de estado y del despacho de la guerra, en real orden de 20 de este mes, me dice lo que copio.

« Excmo. Sr.: = Al conde de Morella digo con esta fecha lo que sigue.=Excmo. Sr.: El real corazon de S. M. se ha afligido de ver en los periódicos revolucionarios y extranjeros dos cartas dirigidas á su real persona por V. E. y por D. José Arias Tejeiro, interceptadas por el enemigo, y cuyo tenor desgraciadamente censura la voluntad soberana con que S. M. gobierna libre y espontáneamente á sus leales pueblos, y dicta las medidas que deben salvar á los que todavia gimen bajo el pesado yugo de la usurpacion. Su dignidad y el triunfo de la justa causa exigen que se destruyan los desagradables y trascendentales efectos que su lectura y publicidad pueden causar, y en su consecuencia, ha decidido S. M. que D. José Arias Tejeiro, conforme al relato de su mismo escrito; no solo ha quebrantado su destierro, sino que ha supuesto una autorizacion real, por cuyo medio ha sorprendido á V. E. y le ha persuadido de que llevaba instrucciones del monarca para manifestar el estado de abatimiento en que se hallaba.

« De este modo ha tratado Arias de oscurecer la gloria de V. E. separándole de la obediencia del gobierno, lo cual seria el mayor triunfo para la revolucion, á la que ha dado Arias la mejor prueba de afecto, invocando de una manera sacrilega el nombre de Dios y el del rey.



Arias queda privado de su dignidad de consejero de Castilla y demas honores con que S. M. habia tenido á bien recompensarle, y de que ha hecho un abuso tan criminal. S. M. manda que Arias, Alvarez Arias, y todos los demas que con él han traspasado los limites de la frontera de Francia, sean enviados con escolta al comandante general de Cataluña, bajo la mas estrecha responsabilidad, quedando aquel encargado de conducirlos del mismo modo hasta la frontera. En fin, para quitar á su leal ejército y á sus pueblos todo motivo de inquietud que puedan inspirar la permanencia en la frontera de todos los comprendidos en el decreto de destierro con el revolucionario Arias Tejeiro, se les prevenirá que se internen en el reino de Francia, lo que deberán ejecutar con toda la brevedad posible, y los que inmediatamente no cumplan esta soberana voluntad, quedarán privados de sus empleos y de todas las dignidades que deben á su real munificencia.

« El rey quiere que esta real resolucion, que notifica igualmente á V. E. en una carta autógrafa, se ejecute sin la menor dilacion, y yo estoy persuadido de que V. E. celoso de su reputacion y de la gloria que ha adquirido en las señaladas victorias que tantas veces ha ganado, no permitirá que se empañe ni por un solo momento su honrosa carrera militar, ni la fidelidad y obediencia que siempre ha mostrado á la soberana autoridad, cuyo órgano es el gobierno.

S. M. espera tambien que V. E., á fin de tranquilizar su real corazon, hará cuanto le sea posible para que por un camino pronto y seguro reciba una respuesta que le asegure de que su voluntad ha sido completamente cumplida.

« Lo cual se leerá en la orden general del ejército. »

*Maroto.*

Habiéndose manifestado algunos síntomas de descontento en los batallones navarros, que llegaron á dar voces de *muera Maroto*, le pidió permiso Elío para separarse del ejército, bajo pretexto de tomar unos baños que necesitaba. Maroto le envió en respuesta la siguiente carta, que fue interceptada por el comandante del 5.º batallon de Navarra.

Llodio 6 de agosto de 1839.

« Muy señor mio y amigo : He recibido su carta de vd. del 4, en que tiene la bondad de comunicarme los rumores que hacen circular los desterrados y la orden dada por el gobierno con este motivo. Lo mas singular es que nada se me dice de todo esto, cuando al mismo tiempo me aseguran que el rey piensa pasar á Estella. El diablo anda en Cantillana; perece que no tengamos otro objeto que el de hacernos ilusion y engañarnos reciprocamente. Lo que hacen los desterrados es introducir papeles en que



nos tratan lo peor que pueden, y sobre todo á mí, que me arrepiento de haber sido tan generoso, por ceder á los deseos del monarca; pero lo hecho, hecho; adelante.

« La incorporacion de los desertores castellanos en los escuadrones y batallones de Castilla debe llevarse á efecto, pues es indispensable por diferentes consideraciones.

« Tengo un gran deseo de ver reunidos á todos los castellanos, porque en el curso de esta campaña me prometo sacar de ellos el partido que no podria sacar de los de las provincias; ceda vd. pues, á lo que se le manda, cuidando únicamente de que no se interprete mal.

« Páselo vd. bien, restablecido de sus indisposiciones, como se lo desea su afectisimo servidor q. s. m. b.

*Rafael Maroto.*

« P. S. No crea vd., amigo mio, que le quiero negar el permiso para ir á los baños, sino que tengo presente el gran compromiso en que nos encontramos todos, y al cual no creo á vd. indiferente.»

Convencido Maroto de que los soldados conservaban mucho afecto á Don Carlos, emprendió la obra de degradarle á sus ojos. Para conseguirlo le acusaba en todas ocasiones de dureza de corazon, diciendo que se interesaba menos por la vida de los hombres que por la de los caballos. « Siempre que se le da cuenta del resul-

do do una batalla, decia, su primera pregunta es: ¿Cuántos caballos hemos perdido? pero jamás pregunta, cuántos valientes voluntarios han muerto en defensa suya.»

En el mes de julio invitó Maroto á D. Carlos á que viniese á pasar una revista cerca de Orozco, en la cual fue recibido muy friamente por los soldados. Terminada la revista, manifestó D. Carlos la intencion de permanecer con el ejército para asistir á la accion del dia siguiente, pero Maroto le puso una porcion de objeciones, diciéndole que su presencia intimidaria á las tropas por el peligro en que estaria, y que por otra parte seria necesario destinar á lo ménos dos batallones á la custodia de su persona. Cediendo á estas observaciones se volvió don Carlos á Durango, y apenas habia marchado, cuando dirigiéndose Maroto á los soldados les dijo: «Ya veis como os abandona en el momento del peligro; no tiene ánimo para permanecer entre vosotros que peleais por él, y quiere mejor estar en su palacio. ¡Y por un hombre como ese hace seis años que estais arriesgando vuestras vidas!» (\*)

Siguiendo este sistema queria Maroto hacer perder á D. Carlos el afecto y aprecio de los soldados, y lo consiguió sobre todo en Guipúzcoa

(\*) Por diversas razones nos parece muy inverosímil este hecho.



y Vizcaya. Al mismo tiempo no desperdiciaba medio alguno para aumentar su popularidad personal; un dia mandaba en secreto prender á varios habitantes de cualquier pueblo, y al siguiente los ponía por sí mismo en libertad, achacando á otros la odiosidad de la prision, atribuyéndose á sí mismo el mérito de la libertad. Agotaba el tesoro, y cuando los soldados recibían algunos dias de paga, se decia que el general, compadecido de las privaciones de la tropa, daba aquel dinero de su propio bolsillo. Hacia creer que estaba sostenido por el gobierno francés, y esparcía la voz de que las potencias del Norte le habian prometido subsidios, con otras mil exageraciones semejantes, que encontraban eco en el ejército.

Mientras D. Carlos pasaba su última y funesta revista en Elorrio el 25 de agosto, se presentó Velasco en palacio y solicitó una audiencia particular de la princesa. Concediósele esta inmediatamente, y habiendo recaído la conversacion sobre el triste estado de las cosas y sobre los progresos de la revolucion, dijo la princesa á Velasco: «¿Es posible que me acusen de ser marotista?» — «Señora, respondió él, los que rodean á V. M. son los que esparcen esa atroz calumnia.» — «¿Cómo! ¿Pues no saben que yo he sido la primera víctima de los revolucionarios?» — «Es cierto; señora, y el dia en que V. M. marchó á Portugal, fue cruel para todos los verdaderos realistas, pues consideraban

á V. M. como el principal apoyo de su causa.» — «Y pueden creer que yo sostenga á Maroto, que trata de quitar la corona á mi marido? Ya he dicho á Carlos (continuó con noble energía): «ponte á la cabeza del ejército, y yo participaré de tus peligros, que mas vale morir con gloria que sucumbir cobardemente á los golpes de tan horrible traicion.» Al separarse Velasco de la princesa, dijo á esta: «Señora: yo manifestaré á todo el mundo los sentimientos de V. M. Jamas habia dudado de ellos, pero para mí es una gran satisfaccion el haber recibido una nueva seguridad de boca de V. M. misma.»

El 25 era ya muy tarde cuando D. Carlos llegó á Villafranca. Velasco estaba cerca de allí en Beasain, con un diputado de Guipúzcoa, cuando vinieron á decirle que si D. Carlos iba á Tolosa estaba perdido, pues las tropas de la línea de Andoain habian resuelto entregarle. Inmediatamente pasó Velasco á Villafranca, y cuando llegó á las dos y media de la madrugada, D. Carlos, que estaba acostado, se levantó para recibirle, y habiendo sabido lo que pasaba, decretó el nombramiento de Guibelalde para la comandancia general de Guipúzcoa, esperando que con el influjo que ejercia sobre sus paisanos, podria conservarle algunos batallones de aquella provincia, y acaso reunir á los estraviados. (15)

El 25 de agosto, despues de la revista, pa-



só Maroto á Durango, donde se hallaba Espartero, y convinieron entre sí en que el primero retardaria algunos dias su sumision á la Reina, á fin de llevarse mayor número de batallones, y dar tiempo á Iturbe para que completase la seducción de los de Guipúzcoa, y los condujese cerca de Vergara. Esperaban tambien por este medio, y con el auxilio de los amigos que Maroto tenia en palacio, bascar una ocasion favorable para apoderarse de la persona de D. Carlos, con cuyo fin se retiró Maroto á Azpeitia, fingiendo un rompimiento con Espartero, y escribió á D. Carlos la carta de 27 de agosto. (16)

Maroto no permaneció allí ocioso, sino que continuó trabajando en la desorganizacion del ejército, y el 29, estando en Villareal de Zumarraga escribió el oficio siguiente, dirigido al comandante de armas de una de las principales poblaciones de Guipúzcoa.

« Todas las fuerzas que estan á mis inmediaciones se han decidido por terminar la guerra, y en el dia de mañana se publicará la paz celebrada, cuya circunstancia podrá V. S. comunicar en contestacion á su oficio de esta fecha. Dios guarde á V. S. muchos años. Zumarraga 29 de agosto de 1839.»

*Rafael Maroto.*

Con motivo de haber empezado á murmurar los batallones guipuzcoanos contra Iturbe, y á manifestar los de Castilla las sospechas que

les inspiraba la conducta de Maroto, se vió este en el caso de precipitar el desenlace del drama, cuya última parte habia estado tan bien representada que engañó al mismo lord John Hay, pues este creyó de tal manera en la ruptura de Maroto con Espartero, que acusaba al último de haberlo echado á perder todo por su precipitacion en ocupar las provincias. Resulta, pues, de esta confesion de lord John Hay, que si el pueblo y el ejército hubiesen penetrado las intenciones de Maroto, no hubiera podido llevarlas á efecto, y esta me parece que es la mejor respuesta á la justificacion publicada por el mismo Maroto en Bilbao.

Mas si Maroto no encontraba apoyo en el pueblo, ni en el ejército (\*), no dejaba de tenerle en la corte misma de D. Carlos. En un consejo que se celebró en Villafranca el 26 de agosto, á que asistieron el P. Cirilo, el marqués de Valdespina, el baron de Juras Reales, Montenegro, ministro de la guerra, Ramirez de la Piscina, ministro de negocios extranjeros, Erro, y Otal, se decidió que D. Carlos debia retirarse hácia la frontera, para pasarse á Fran-

(\*) La tranquilidad en que han quedado aquellas poblaciones despues del convenio de Vergara, y la alegría con que los soldados han dejado las armas para volverse á sus acostumbradas faenas, muestran claramente que esto es una insigne falsedad.



cia, único medio de salvacion que le quedaba.

Cuando dieron parte á D. Carlos de lo que habia pasado, no se mostró convencido de la necesidad de abandonar á sus fieles voluntarios. «Suponeis, dijo, que la mayor parte del ejército se ha pasado al enemigo, y que el resto se halla completamente desorganizado; sin embargo, me parece que los batallones alaveses y navarros me han permanecido fieles, y si estas tropas no son suficientes para resistir á Espartero, lo serán por lo menos para escoltarme hasta el campo de Cabrera.»

Tan decidido estaba D. Carlos á trasladarse á Aragon, que al llegar á Lecumberri Marcó del Pont tuvo una conversacion sobre esto con Elio, que aprobó el proyecto, y aun añadió: «Con ocho batallones me comprometo á conducir al rey hasta el ejército de Aragon.» Inmediatamente que D. Carlos supo esta contestacion de Elio, mandó reunir un nuevo consejo, que presidió, y al cual asistieron los ministros de la guerra, hacienda y negocios extranjeros, los generales Eguía, Villareal, Elio, y Valdespina, el arzobispo de Cuba, el baron de Juras Reales, Erro y Otal. Despues de una larga deliberacion, declaró el consejo que era imposible la marcha de D. Carlos á Aragon. En el calor de la discusion, dijo el P. Cirilo que si D. Carlos pasaba á Aragon no le acompañaria, á lo cual contestó uno de los concurrentes: «Yo lo creo; demasiado sabe vd. el re-

cibimiento que le haria el valiente y leal Cabrera.» En aquella reunion fue nombrado Elio comandante en jefe del ejército, y recibió instrucciones para cubrir la retirada de D. Carlos.

Este luego que se levantó la sesion del consejo, se manifestó sorprendido de la decision que se habia tomado, y sobre todo de la mudanza que se observaba en las resoluciones de Elio. Habiéndole preguntado á éste Marcó del Pont la causa de tal mudanza, respondió que habia reflexionado la gran dificultad de semejante empresa, sobre todo conociendo á los navarros, que nunca consentirian en salir de su país é ir á Aragon. Don Carlos tuvo, pues, que renunciar ostensiblemente á su proyecto, pero conservaba tales esperanzas de poder llevarle á cabo, que á todos los oficiales que se presentaban á solicitar permiso para retirarse á Francia, se les entregaba una orden concebida en estos términos:

Primera secretaria de Estado.

«El rey N. S. satisfecho de la adhesion de vd. á su augusta persona y á su justa causa, y de sus buenos y fieles servicios, ha tenido á bien autorizar á vd. en vista de las circunstancias críticas de la época actual, para que se traslade á pais extranjero, ó á cualquiera punto del reino, cuidando de dar noticia del sitio de su residencia, á fin de que cuando convenga se le pueda avisar para que se presente á ejercer de nuevo las funciones de su empleo, sin que esta ausen-



cia le ocasioné ninguna especie de perjuicio.  
« Se lo comunico á vd. para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á usted, etc.

« Cuartel real de Lecumberri, 1.º de setiembre de 1839.»

Durante su permanencia en Lecumberri, don Carlos, continuamente atormentado, fingió que consentía en abandonar las provincias y retirarse á Francia. El 8 salió para Elizondo, acompañándole la guardia real, los batallones de Alava y algunas otras tropas, y aunque Espartero se encontraba todavía muy distante de Lecumberri, se abandonaron en este pueblo una gran cantidad de municiones.

En la retirada hácia la frontera de Francia se separaron de D. Carlos sin pedirle licencia, y aun sin despedirse de él, el P. Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Piscina, y otros varios; pero lo que sorprendió mas que todo á D. Carlos fue la precipitada y secreta fuga del ministro de la guerra, y así es que dijo afligido á Marcó del Pont: « ¿Sabes que tambien Montenegro me ha dejado? Tú eres hoy el único ministro que me queda. » Abandonado, pues, por todos cuantos dirigian sus negocios, no tuvo D. Carlos mas recurso que el de acercarse á las fronteras, á fin de buscar refugio en Francia. El 13 salió de Elizondo para Urdax, adonde llegó á medio día, y

sabiendo poco despues que Espartero habia entrado en Elizondo, envió al general Zabala á preguntar á las autoridades francesas de la frontera, si en el caso de que desease entrar en aquel reino, se le concederia permiso para ello. La respuesta fue muy satisfactoria.

El 14 á las dos de la tarde, se presentaron los cristinos en las alturas de Urdax y empezaron un fuego muy vivo contra el regimiento Cantabro que defendia las inmediaciones del pueblo, y habiendo sabido el general Zabala que se aproximaba Espartero, envió á uno de sus ayudantes de campo para dar aviso á D. Carlos, el cual montó inmediatamente á caballo, como tambien la princesa y los infantes, y habiendo mandado D. Carlos al comandante de la guardia que colocase á la familia real en el centro de la compañía, se emprendió la marcha hácia la frontera. Apenas estaria la familia real á cien pasos del pueblo, encontraron al general Elío que se dirigia al punto de la accion, viniendo de su alojamiento que estaba entre Urdax y la frontera. Se detuvo y previno al comandante de la guardia de infantería que volviese hácia donde se oia el fuego; opúsose á ello el infante D. Sebastian, y mandó á los soldados que siguiesen adelante, pero habiendo insistido Elío, tuvo que ceder el principe, y la compañía volvió á Urdax, donde Villareal mandó que pusiese los fusiles en pabellones cerca del convento. No quedaban ya tropas carlistas



en el pueblo, y llegaban los cristinos; el comandante de la guardia vió el peligro en que se encontraba y no permitió á sus soldados que dejasen las armas, pero no sabiendo de quien recibir órdenes, y viendo ademias que no habia otra tropa que le sostuviese, y que los cristinos se acercaban en gran número, abandonó el puesto, y pasando el canal se atrincheró detras de una pared, desde la cual hizo un fuego vivísimo que contuvo un poco á los cristinos. Al ruido del fuego llegaron por detras del pueblo Elío y Villareal y mandaron á la guardia que se retirase, lo cual verificó sin obstáculo hasta el fuerte de Urdax. Allí formó Villareal la guardia, y continuó el fuego hasta que se presentaron los cristinos con bastante fuerza, sobre todo de caballería. La guardia continuó su retirada, y habiendo formado en batallá cerca del puente, permaneció allí hasta que pasaron todos, y entonces Villareal mandó que continuase su marcha hasta el puente.

Don Carlos y su familia entraron en Francia el 14 de setiembre de 1839.

---

### CAPITULO III.

---

La insurreccion de los batallones 5.<sup>o</sup> y 12.<sup>o</sup> de Navarra en el mes de agosto último, hizo una gran sensacion en las provincias, y los diferentes partidos que trabajaban para la destruccion de la causa carlista, se han apoderado de esta circunstancia, valiéndose de ella para disculpar sus actos, y aun el abandono de las provincias por D. Carlos. Es, pues, muy importante restablecer los hechos como fueron en sí, y presentar bajo su verdadero punto de vista el origen, progresos y fin de aquel levantamiento. Esta fiel narracion ofrecerá una página muy im-